



Guadalupe Santa Cruz, novelista:

"Hay que escribir con todas las tintas"

A fines del año pasado la autora de El contagio dictó en la UJSO un seminario-taller organizado por el Programa de Estudios de Género que, entre otros temas, abordó algo que ella llama "ciudades literarias". Veamos qué nos contó. Corre video.



Guadalupe Santa Cruz (Orange, USA, 1952) es autora de las novelas *Salir*, *Cito capital* y *El contagio*, todas editadas por Cuarto Propio. Además de dedicarse a la narrativa, hace clases en *Arquitectura en la Arcía* y, a mediados de este año, publicará *Los conciertos*, una historia sobre viajeros inmigrantes de un pequeño poblado a una gran ciudad; una novela que habla sobre el traspaso de un orden a otro, de sus traumas y, sobre todo, de la herencia y la reconstrucción de la memoria. "Toda ciudad es fundada por un crimen", dice, "y todo gran viaje, toda gran épica, tiene sus sacrificios".

—¿Qué es más cierto: que las ciudades hacen a la gente o al revés?
—Tú haces a la ciudad mediante el lenguaje de las nombradas. Según la manera como nombras a un barrio le imprimes algo a la piel de la ciudad; pero, de paso, ¿quién dijo que la piel es menos importante que las estructuras?... La vestidura es parte del cuerpo, ¿no?
—¿De dónde viene tu interés por tomar el cruce entre literatura y ciudad?
—La ciudad es algo equidistante a los y las habitantes, a los proyectos urbanísticos y a los mapas. Me interesa lo insuperable de ella. Yo la comparto con un cajón de velador, donde hay un orden que no es el tuyo. En ese sentido, la ciudad es una construcción en la que todos participamos, pero las marcas no son directas. La ciudad fogosita, espulsa, se alimenta, se transforma, le robas, ella te roba. Para mí la ciudad es, ante todo, una protagonista.
—¿Cómo relacionas la historia y el patrimonio de las urbes? ¿Quién escribe su verdadera historia?
—Un par de amigos, uno arquitecto y otro historiador, plantean que América Latina es como una página arrancada, una página suelta, y su historia es inseparable de sus relatos en la medida que son huellas tapadas.

El mismo Palacio de la Moneda, por ejemplo. No ves su historia, no ves sus ruinas. Si valoráramos eso, habríamos construido otra Moneda y dejado la antigua ahí. En este país se tapan las huellas, sobre ellas se reconstruye y ahora la transición las blanquea.

—Eso tiene que ver, como has dicho, con que la historia de las ciudades se escribe desde el ojo del poder.
—En toda ciudad intenta dominar un ojo, un ente hegemónico que está en el diseño, en lo urbanístico, en la historia reconocida como tal o como algo sucio y caótico. Es un ojo que intenta cejar a los habitantes y distribuye los espacios en jerarquías y topologías: "esto es lo bajo, esto es lo sucio, esto es lo limpio, esto lo sagrado y lo profano". En ese sentido uno está obligado a un cuerpo a cuerpo con la ciudad, o al menos a mí me interesa tenerlo y me interesa que las voces surgan, que usen alijos, que salten barreras para descubrir los estratos que hay dentro de la ciudad porque no creo que éstos estén en la periferia.

—En que para mí los estratos son una especie de bolsones, de hoyos negros dentro de la ciudad por los cuales los caminantes, las caminantes, pasan sin detenerse. Son los mundos privados, los muros que viven otros tiempos. En toda ciudad, sobre todo en las latinoamericanas, así como conviven la nombrada y todos nuestros relatos atravesados, también conviven muchos tiempos, entonces muchas ciudades. Es lo que dice Julio Oriagui: "la identidad latinoamericana es una suma hipotética".

—En regiones cuesta reconstruir o, en el mejor de los casos, mantener la historia propia. Hay mucha dependencia del ojo centralista, en este caso.

—Acá está muy presente el sentido monolítico, la búsqueda de un modelo: el diario único, el padre único. En ese sentido, me pregunto qué pasa con Santiago, que está

siempre espejándose en otros lados, lo miro que las capitales regionales son el reflejo de ese espejo que es Santiago.

—Has dicho que las ciudades y sus límites se perfilan y distinguen a través de los lugares sagrados y los lugares profanos. ¿Qué papel juega la literatura dentro de esto?

—A mí me interesa la literatura que está más cerca de lo profano, la que busca las mugrecillas, lo contaminado, las indigenas y escrituras que entran y salen de lo turbio, pero cuando hablo de turbio no me refiero sólo a lo sucio, lo turbio tiene de todo, pues lo profano también tiene algo de sagrado. Me interesa cómo uno se mueve entre lo sagrado y lo profano.

—Tu novela *El contagio* apunta a ese camino.

—Es que es justamente una ciudad vista desde un hospital, a través de una manipuladora de alimentos que trabaja en el subterráneo, en los cloacas. Y justamente un hospital, que debería ser un lugar limpio por excelencia, tiene a esta mujer que está en el receso, en lo sucio, en los muros. De ahí resulta esta mugrecilla que va adherida a todas las cosas, a todos los gestos, a todas las palabras.

—Esa mugrecilla que va adherida al lenguaje.

—Es que el lenguaje es otro cuerpo que está ahí. Si eres un campesino que dice que duerme "a pleno imperio" por decir que duerme "a la intemperie", me cambia la mirada. Y deslízame desde el pleno imperio a la intemperie es lo que yo quisiera hacer, cruzar las palabras, sacarles su licor, escribir con todas las tintas que uno tiene: la tinta de la mala leche, la tinta de la bronca, de la vergüenza, de la tentación. La idea es que las palabras cruzen esos distintos líquidos. ☞

VÓRTICE N° 6 (ABRIL 2001)

Vertice 3

593316

Hay que escribir con todas las tintas [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Santa Cruz, Guadalupe, 1952-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hay que escribir con todas las tintas [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile